

ris y al mundo también. Aunque se intentara salir de él no se podría; París es respirable. Todo el que vive, aunque no lo conozca, lo lleva en sí, y con más razón los que lo han conocido. La distracción salvaje del Océano se complica con ese recuerdo, equivalente á sus tempestades. Por fuerte que sea la tempestad que agite al mar, París ha tenido la borrasca del 93. La excavación es la misma; los techos parece que surjan de las olas, la ciudad se recompone con todo el oleaje y participa de su temblor infinito. En la exaltación de las olas parece que se oiga el ruido del hormigueo de las calles. Mirando al mar se vé á París. Las grandes calmas que se suceden en esos dos espacios no contrarían esta imaginada semejanza; los vastos olvidos que os cercan en los dos no se contradicen; el pensamiento llega á alcanzar un estado de reposo, pero un reposo que admite turbación; la espesa envol-

tura de las tinieblas deja pasar el resplandor que viene por detrás del horizonte y que es París; pensando en él se le posee y se inmiscuye indistintamente en las difusiones mudas de la meditación. La apacibilidad sublime del cielo estrellado no es suficiente para disolver en el fondo del espíritu la gran figura de la ciudad suprema. Sus monumentos, su historia, su pueblo que trabaja, sus mujeres que son diosas, sus hombres que son héroes, sus revoluciones, que empiezan coléricas y concluyen realizando una obra magistral; la omnipotencia sagrada de un torbellino de inteligencias, sus ejemplos tumultuosos, su juventud; todo esto lo vé el que está ausente, y París permanece inmóvil, insubmersible é imborrable hasta para el hombre que vive en la oscuridad y que pasa las noches contemplando la serenidad eterna.

Noviembre, 1875.



## EN EL DESTIERRO

1852

Principio del destierro.-Bélgica.-Partida de  
Bélgica.-Inglaterra.-Llegada  
á Jersey.-Declaración de guerra de los proscritos al imperio.-Fraternidad  
de los vencidos de Francia y de los vencidos de Polonia.

I.

### Al dejar la Bélgica.

Amberes 1.º Agosto 1852.

Hermanos proscritos, amigos belgas:

Al responder á las cordiales frases que me habeis dirigido, permitidme que no os hable de mí y que las olvide. Nada importa lo que me sucede. Me desterraron de Francia por haber combatido la emboscada del 2 de Diciembre y por haber desenmascarado á la traición, y ahora me destierran de Bélgica por haber escrito *Napoleon el Pequeño*. Me han desterrado dos veces, primero de París y despues de Bruselas; el crimen se defiende; esto es natural. Como cumplí mi deber, continuaré cumpliéndolo. Siento tener que separarme de vosotros, pero en esta época nos toca sufrir y sacrificarnos.

Permitidme que no me ocupe de lo

que á mí me atañe y sí en dar las gracias á Madier-Montjau por sus generosas efusiones, á Charras por sus grandiosas frases, á Deschanel por su noble elocuencia, á Dessoubs y Agricol Perdignier por su cariñoso adios, y á todos vosotros, amigos míos de Bélgica, por las fraternales simpatías que con tanta firmeza me habeis expresado: en el momento de abandonar esta tierra hospitalaria, en el momento de separarnos, quizás para no volvernos á ver, permitidme que lance mi última maldición á Luis Bonaparte y mi última aclamación á la República.

Viva la República, amigos míos!

(Este grito lo repite la multitud. Despues el orador continúa.)

Hay muchos que pretenden que ha muerto la República. Pues bien, si ha muerto, el mundo, que está absorbido en el amodorramiento alegre y brutal de los intereses materiales, que vuelva un momento la cabeza y que mire cómo el destierro saluda su tumba.

Proscriptos, si la República ha muerto, velemos su cadáver; alumbremos nuestras almas y dejémoslas consumirse como cirios alrededor del ataúd; arrodilémonos ante la idea muerta, y despues de haber sido los soldados que la hemos defendido, seamos los sacerdotes que la entierren.

Pero no ha muerto la República.

Jamás gozó de tanta vida; pero está en las catacumbas, y solo la creen muerta los que toman las catacumbas por sepulcro, cuando éstas son cuna. De las catacumbas salió el cristianismo, ciñendo su cabeza con la tiara; de ellas saldrá la República con brillante aureola. No saben que no puede morir la República; no saben que es inmortal. Precisamente lo dicen en los momentos en que solo á la Francia ha costado dos mil cadáveres, doscientos sentenciados, diez mil deportados y cuarenta mil proscriptos. Para convencerlos de que la República no ha muerto, solo teneis que tender la vista á vuestro alrededor; vereis que la tierra que ocupan los desterrados, los pontones, los presidios, Bellisle, Mazas, Africa, Cayena, los fosos del Campo de Marte y el cementerio de Montmartre están llenos de su vida. Ciudadanos, la democracia, la libertad y la República son la religion que profesamos. Pues bien, los mártires son el combustible de las religiones; cuantos más son arrojados á las hogueras, más la llama asciende, más la idea se ensancha, más la verdad ilumina. En estos momentos os repito que la República está más viva y es más deslumbradora que nunca y ostenta el esplendor de nuestras miserias. Esto bastaría á probármelo el reflejo de no sé qué aurora que resplandece en todas vuestras fisonomías, proscriptos que me estais escuchando. Veo reflejarse en vuestros ojos y en vuestras frentes la santa alegría de las víctimas. Sin tener en cuenta la ausencia de la ciudad natal, la fortuna y el trabajo perdidos, la carencia de pan y el hogar destruido, cada uno de vosotros lleva en sí el recuerdo inseparable del padre, de la madre, de los hermanos, de los hijos, de quienes os ha sido preciso separaros; de la mujer querida y abandonada, de algun amor vehemente; sufrís, caminais sobre tizones encendidos, pero levantais la frente y vuestras fisonomías expresan que estais satisfechos; es porque sabeis que la República, que es vuestra fé, que es vuestra idea patria, alcanza á sacar nueva vida de vuestros tormentos. Vuestros dolores son

una afirmacion. La hoguera flamea y el mártir resplandece.

Viva la República, ciudadanos!

Acabo de oír una voz que me dice: Dedicad algunas palabras á los amigos belgas. Sentiria que creyéseis que les iba á olvidar al despedirme de ellos. Leales amigos, nos habeis seguido hasta aquí, nos habeis rodeado de una multitud inteligente y cordial, y no es posible que nos olvidemos de los que vituperan tan enérgicamente las debilidades de su gobierno. Constituí una pequeña nacion y os habeis conducido como un gran pueblo; habeis corrido á recibirnos cuando llegamos á vuestra frontera despues del 2 de Diciembre, lanzados, proscriptos y perseguidos, y no nos habeis rechazado en nuestra adversidad, sin tener miedo al contagio, sino que, por el contrario, habeis hecho que se sienten en vuestro hogar los pestíferos que se llaman vencidos.

Amigos belgas, llegamos hasta vosotros sin transicion alguna; sois nuestros huéspedes, esto es, nuestros hermanos, y no se necesita ninguna transicion para tender la mano á los hermanos.

Uno de vosotros, el valiente Luis Lavarre, pensando en Bonaparte, defendia en términos elocuentes vuestra nacionalidad y juraba morir defendiéndola. Todos los franceses que nos encontramos aquí le aplaudimos.

Si algun dia Bonaparte piensa invadir vuestro territorio y llega á vuestras fronteras arrastrando tras sí, ó mejor dicho, llevando delante á lo que él llama hoy la Francia, á su ejército ahora desnacionalizado, á los regimientos que él ha convertido en hordas, á los pretorianos que violaron la Asamblea nacional, á los genizaros que han acuchillado la Constitucion; si llega á vuestras fronteras Bonaparte para declarar la Bélgica un pachalato suyo, trayéndoos la deshonra, á vosotros que encarnais el honor; trayéndoos la esclavitud, á vosotros que encarnais la libertad; trayéndoos el robo, á vosotros que encarnais la probidad, levantaos en masa, belgas, como un solo hombre, y recibid á Luis Bonaparte como vuestros antepasados recibieron á Calígula; empuñad los cuchillos, los fusiles, los sables y las carabinas; gritad: ¡A las armas!, que no será Aníbal el que esté á vuestras puertas, sino Schinderhannes. Tocad á rebato, tocad á somatén, combatidle en las llanuras, en las murallas, detrás de los árboles; luchad con él defendiendo el territorio palmo á

palmo, matad y morid, pensando en vuestros padres que os legaron la gloria y pensando en vuestros hijos, á los que debeis legar la libertad. Imitad el grito fúnebre de Waterlloo: La Bélgica muere, pero no se rinde.

Pero, ciudadanos belgas, si viene un dia á vuestras fronteras la verdadera Francia con la frente radiante, agitando al viento de la revolucion la bandera de un solo color, que lleve esta inscripcion: *Fraternidad de los pueblos. Estados- Unidos de Europa*; si viene un dia hasta vuestras fronteras la verdadera Francia, grandiosa, libre y serena, con las manos llenas de espigas y de laureles, entonces levantaos otra vez, pero para reemplazar la espada por el ramo de flores; levantaos para ir á su encuentro y para decirle: "Bien venida seas."

Levantaos para tender la mano á nuestra madre, como nosotros que somos sus hijos se la tendemos, y para abrirle los brazos, como nosotros os los hemos abierto; porque esa Francia no será conquistadora, sino iniciadora; no viene á sojuzgar, sino á emancipar; no será la Francia de los Bonapartes, será la Francia de las naciones.

Recibidla como una gran amiga. Acogedla cuando sea victoriosa, como la habeis acogido ahora que está proscripta, ahora que la estais aclamando, porque la verdadera Francia se encuentra aquí y la representan los desterrados.

Ciudadanos belgas, suframos hoy la persecucion y el dolor, que mañana ya nos redimirán los Estados- Unidos de Europa y los Pueblos-Hermanos. Sean las que fueren las angustias y los sufrimientos del momento presente, fijemos nuestro pensamiento en el mañana espléndido, que es ya visible en el inmenso cambio de la libertad y de la fraternidad. Esta idea tranquilizará vuestro espíritu, proscriptos de la Francia.

Ciudadanos franceses y belgas, frente á frente de los tiranos levantemos en alto las nacionalidades, y ante la democracia inclinémolas. La democracia es la gran patria. La República es la patria universal. Cuando llegue la hora, las nacionalidades y las patrias deben lanzar el grito de guerra contra los déspotas; y terminada su árdua empresa, la santa unidad humana depositará en la frente de todas las naciones el ósculo de la paz. Ascendamos hasta las grandes fórmulas de escalon en escalon, de iniciacion en iniciacion, de miseria en miseria, y cada escalon que subamos ensanchará el hori-

zonte. Hay algo que está sobre el alemán, sobre el belga, sobre el italiano, sobre el inglés y sobre el francés, y este algo es el ciudadano; hay algo que está sobre el ciudadano, y este algo es el hombre. El fin de las naciones es la unidad, como el fin de las raices es el árbol, como el fin de los vientos es el cielo, como el fin de los rios es el mar. No debe haber más que un solo pueblo. ¡Viva la República universal!

## II.

### Al llegar á Jersey.

5 Agosto 1852.

Ciudadanos:

Os agradezco que hayais acogido fraternalmente mi llegada, que uno á la cariñosa despedida de nuestros amigos de Bélgica. He dejado la Francia en el muelle de Amberes y la vuelvo á encontrar aquí.

Acabo de presenciar en Bélgica un agradable espectáculo: he visto allí olvidadas todas las rencillas, reconciliados todos los partidos republicanos, todos los sistemas supeditados á la misma idea, y todos los rencores disipados ante la sonrisa de la desgracia comun, y luego aquí emocionado por haberme convencido de tan patriótica armonía. En vista de ese espectáculo, á nosotros, que somos recién llegados, nos corresponde felicitar á la República.

Digo que somos recién llegados, porque nosotros, los republicanos de Febrero, somos los republicanos de última hora, y podemos vanagloriarnos de esto, porque esa última hora fué la de la persecucion, la de las lágrimas, la de la sangre, la del combate y la del destierro.

He presenciado en Bélgica el admirable espectáculo de ver soportar con dignidad el sufrimiento, por lo que deseo que me permitais que ante vosotros, que sois sus hermanos, prolongue como última ilusion mi despedida de Bélgica. Permitidme que glorifique á aquellos hombres que saben sufrir, aquellos trabajadores arrancados de la ciudad, aquellos campesinos arrancados de los campos natales, aquellos literatos, profesores, artistas, abogados, notarios y médicos, porque en todas las profesiones he visto el mismo valor; dejadme glorificar á los desterrados y perseguidos, y entre ellos

á los representantes del pueblo, que después de luchar durante tres años en la tribuna contra una coalición de reacciones, de traiciones y de odios, han luchado durante cuatro días en las calles contra un ejército. Dejadme que os hable de esos representantes que conozco, que son mis amigos, que he visto luchar con las catástrofes, que he visto serenos en las barricadas, que he visto intrépidos en las luchas parlamentarias, bajo el amago de una amenaza perene, cuando los furros de la mayoría se encarnizaban con ellos, mientras la prensa monárquica les insultaba, mientras los periódicos bonapartistas, cómplices de las premeditaciones siniestras del Elíseo, les colmaban de injurias y de calumnias, como denunciándoles para que un día fueran proscritos.

Eso es lo que he visto en Bélgica y eso es lo que creo volveré á ver aquí; porque no será la única la Bélgica que ofrezca el gran ejemplo de la concordia de los proscritos, porque la Francia necesita presenciar el espectáculo de la fraternidad práctica, ante el que se desvanecen todas las calumnias.

Os ruego, amigos míos, que cimentemos, que consolidemos esta concordia, evitando todas las disidencias; porque nosotros solo tenemos un color en la bandera, el color de la púrpura; porque nosotros solo tenemos un sentimiento en nuestras almas, el sentimiento de la fraternidad. Es preciso que la Francia nos vea unidos: desunidos, la perturbaríamos; unidos, la tranquilizaremos: unámonos, pues, para ser fuertes y para ser dichosos.

¿Puede pronunciarse la palabra dichoso, cuando estamos á muchas leguas de la patria y cuando ha muerto la libertad? Sí; cuando se ama. Encontrar cariño en las aflicciones, es encontrar la felicidad en la desdicha.

Nos profesamos cariño porque todos participamos del mismo dolor y de la misma esperanza; lloro por lo que vosotros llorais, temo lo que vosotros temeis y espero lo que vosotros esperais. Siendo análoga nuestra suerte, vivimos como hermanos; la lágrima que asoma á nuestros ojos se llama Francia y el rayo que ilumina nuestro pensamiento se llama República. Sufrir juntos es equivalente á amarse. La adversidad, hiriendo nuestros corazones con la misma espada, los ha atravesado con el mismo amor.

Amémoslos pensando en la patria ausente, amémoslos pensando en la Repú-

blica degollada, amémoslos para vencer al enemigo común.

Nuestro objeto es ser un pueblo único, nuestro punto de partida debe ser tener un alma sola. Con nuestra unión bosquejemos la unidad.

Ciudadanos, viva la República! ¡Proscritos, viva la Francia!

### III.

#### Declaración á propósito del imperio.

Jersey 31 Octubre 1852.

AL PUEBLO.

Ciudadanos:

El imperio pretende entronarse, y se nos pregunta si debemos votar ó abstenernos.

En el departamento del Sena, algunos republicanos, que hasta hoy se han abstenido, como debían, de intervenir en los actos del gobierno de Bonaparte, parece que crean ahora que es la ocasión, al ir á establecerse el imperio, de que la ciudad de París manifieste su oposición por medio del escrutinio, y que quizás sea útil presentarse á votar. Añadiendo que en todos los casos el voto podría presentarse como un medio de nueva declaración del partido republicano, que por medio de los votos podría recontarse.

Sobre esto se nos pide consejo.

Nuestra contestación es muy sencilla, y la que vamos á dar á París puede ser para todos los departamentos.

No nos detendremos en hacer notar que Bonaparte no se debe haber decidido á declararse emperador sin haber contado él y sus cómplices antes con poder disponer de 7.500.000 votos. Por mucho que se trabaje para contrabalancear esa cifra, no se conseguirá, porque el escrutinio le dará el resultado que él quiera. Debeis comprender lo que será el sufragio universal en manos de Bonaparte. ¿Qué garantías ofrece el escrutinio? ¿Dónde está el registro? ¿Quiénes son los escrutadores? Se goza acaso de la libertad? No os fieis de esas irrisiones de Bonaparte. ¿Qué saldrá de la urna? Su exclusiva voluntad. ¿Qué inconveniente ha de tener en falsificar la votación?

Permanezcamos fieles á nuestros principios y oid lo que os voy á decir.

Bonaparte cree que ha llegado ya el momento de que pueda llamarse majestad. Restauró al Papa con intención;

quiere ser emperador, y emperador consagrado. Después del 2 de Diciembre lo es en realidad; solo le falta la calificación; la desea y la obtendrá.

Ciudadanos, fácil es de comprender la actitud que debemos guardar. Luis Bonaparte está fuera de la ley y fuera de la humanidad. Desde hace diez meses que reina ese malhechor, el derecho á la insurrección es permanente y domina toda la situación. En estos momentos el perpetuo llamamiento á las armas está en el fondo de las conciencias, y lo que se subleva en todas las conciencias consigue pronto armar todos los brazos.

Amigos y hermanos; ante ese gobierno infame, que es la negación de la moral y el obstáculo á todo progreso; ante ese gobierno ametrallador del pueblo, asesino de la República, que ha violado todas las leyes; ante ese gobierno que salió de la fuerza y que por la fuerza ha de perecer, todo francés que sea digno de merecer el nombre de ciudadano no debe querer saber siquiera si se verifican farsas de escrutinio, comedias de sufragio universal y parodias de llamamientos á la nación; no debe enterarse siquiera de si hay hombres que votan y otros que obligan á votar, ni de si hay un rebaño que se llama Senado y delibera y otro rebaño que le llaman pueblo y obedece: el ciudadano digno de este nombre, ante Bonaparte y su gobierno, debe guardar esta actitud: cargar el fusil y esperar la hora.

### IV.

#### Banquete polonés.

(Aniversario de la revolución de Polonia.)

29 Noviembre 1852.

Proscritos de Polonia, habeis pronunciado mi nombre en la fiesta de este aniversario que consagrais á vuestras grandes luchas. Quereis que hable y me levanto.

Esta solemnidad es para mí doblemente simpática. ¿Sabeis por qué, ciudadanos? Porque además de recordarme vuestro heroico despertar de 1830, glorifica una revolución, precisamente en el mismo día y á la misma hora en que la esclavitud vota un imperio.

Pláceme asistir á esta comunión, á la comunión de la Francia desterrada y de la Polonia proscrita en un ilustre re-

cuerto, en una fecha memorable, que tiene el elevado carácter de un acto de fé. Sí, ciudadanos; en el momento en que parece que los féretros se cierran, es cuando se debe afirmar la vida.

Hoy, aquí, en esta isla, en el instante en que la Francia saluda como emperador al bandido del 2 de Diciembre, vuestras voces generosas, vuestras palabras inspiradas, vuestros cantos patrióticos contestan como un eco de la conciencia humana á infames aclamaciones.

Permitidme que me recoja ante la fecha que nos reúne y que veo inscrita en la pared.

La Polonia celebra el aniversario del 29 de Noviembre de 1830. Y cuándo? Hoy, á través del monton enorme de los contratos execrables que constituyen lo que las cancillerías llaman el derecho público actual de la Europa, y en medio de las compras de territorios y de pueblos, de las ventas de naciones, en medio del monton de los pergaminos que llevan sellos imperiales y reales, y que ostentan en la primera página el tratado de partición celebrado en 1772 y en la última el tratado de partición de 1815, en los que hizo un agujero profundo, terrible y amenazador, una llaga abierta que traspasa el legajo de parte á parte. ¿Quién ha hecho ese agujero? El sable de Polonia, de un solo golpe, en un solo día.

El 29 de Noviembre de 1830 sintió Polonia que habia llegado la hora de impedir que se prescribiera su nacionalidad, y ese día dió el terrible sablazo.

Después el sable se rompió. El orden pronunció esta frase entonces: *El orden reina en Varsovia*. Ese pueblo, que fué un héroe, le convirtieron en esclavo, y príncipes, que merecian ir á presidio, remitieron las cadenas á ese forzado, que era digno de la aureola.

Poloneses, casi teneis el derecho de volveros hácia nosotros, los hijos de Europa, reconviéndonos amargamente. El corazón se me oprime cuando os recuerdo. El tratado de 1772, perpetrado y cometido á la faz de Francia, á la luz de la filosofía y la civilización, en el pleno medio día que Voltaire y Rousseau hacían brillar en el mundo, es la gran mancha del siglo diez y ocho, como el 2 de Diciembre es la gran vergüenza del siglo diez y nueve. Durante un largo período histórico, desde los primeros años del reinado de Enrique II hasta los últimos de la monarquía de Luis XIV, la Polonia cubrió el continente, periódicamente espantado por el formidable

crecimiento de los turcos. La Europa vivió, creció, se desenvolvió y fué dichosa; se hizo poderosa detrás de ese baluarte. La barbarie, como marea alta, batía á la Polonia, como el mar á las rocas de la costa, y la Polonia decía á la barbarie, como la costa al Océano: "No pasarás de ahí." Esta lucha duró trescientos años.

¿Qué recompensa obtuvo por ella esa nación? Llegó un día en que la Europa, que la Polonia había salvado de la Turquía, en cambio de este inmenso beneficio entregó la Polonia á la Rusia. Ciega al cometer este crimen, la Europa no se apercibió de que lo cometía. Cambió la situación continental, y entonces la amenaza vino por otra parte. En el siglo diez y ocho, que preparó la venida del siglo diez y nueve, empieza el decrecimiento del poder del sultan y el aumento extraordinario del poderío del czar. La Europa no se cuidó de estudiar este fenómeno. Pedro I y su rudo preceptor Carlos XII convirtieron la Moscovia en Rusia. En la segunda mitad del siglo diez y ocho, la Turquía agonizaba y la Rusia adquiría vida poderosa. Desde entonces el abismo de Europa no estaba ya en la Turquía, sino en la Rusia. El rugido sordo que oía no salía ya de Stambul, sino de San Petersburgo. El peligro había mudado de sitio, pero la Polonia no: esa nación está colocada providencialmente para poder resistir á los rusos y para rechazar á los turcos. Dada su situación, ¿qué hizo Europa en 1772? La Polonia era su centinela y la Europa la entregó á su enemigo.

Quiénes son responsables de esto? Los diplomáticos, los cerebros políticos de la época, los hombres de Estado de profesión.

Obraron como ingratos y como ineptos. Su proceder fué infame y estúpido.

En la actualidad, la Europa sufre la pena del crimen, porque el cadáver de Polonia entrega la Europa á la Rusia.

La Rusia, ciudadanos, ofrece otro peligro que la Turquía. Las dos pertenecen á Asia; pero la Turquía era el Asia ardiente, la lava que quema, pero que puede fecundar; la Rusia es el Asia fría, helada y muerta, la losa del sepulcro que cae para siempre. La Turquía es el islamismo; feroz, pero sin esclavizarse á ningun sistema. La Rusia es mucho más temible; es el pasado que está en pié, obstinándose en vivir y en casarse con el presente, y es preferible la mordedura del leopardo al abrazo del espectro. La Turquía solo atacaba una forma de civi-

lización, el cristianismo, que casi está ya muerto; la Rusia quiere matar la civilización de un golpe, matando la democracia, esto es, el progreso, esto es, el porvenir. Parece que el despotismo ruso sea enemigo del espíritu humano. En una palabra: á pesar de los turcos, la Grecia sobrevivió; pero la Europa no sobreviviría si se apoderaran de ella los rusos.

Desde lo íntimo de mi corazón os digo, poloneses, que os admiro. Sois los hijos predilectos de la persecución. En la copa de amargura que bebemos encontramos la marca que dejaron vuestros labios.

Vuestros hermanos están en la Siberia, como los nuestros están en Africa. Desterrados de Polonia, los proscritos de Francia os saludan.

Esta reunión, esta fecha augusta, el 29 de Noviembre de 1830, evocan ante nosotros los grandes recuerdos revolucionarios, los grandes hombres libertadores, y con gratitud prodigiosa y profunda convidamos á Kosciuszko, á Washington, á Bolívar y á Botzariz, á todos los valerosos luchadores del progreso, á todos los gloriosos mártires de la idea, á las santas bodas de la proscripción. ¿No creéis, como yo, que se nos aparecen y que oyen lo que estamos hablando? ¿No los veis cómo nos miran y se sonríen? Contempladles como yo les contemplo y los vereis transfigurados. También ellos sufrieron. A la luz misteriosa que sale de la tumba, los que eran mortales se convierten en semidioses, y las coronas de espinas que hacían brotar sangre de sus frentes vivas se truecan en coronas de laureles, que hacen resplandecer la frente de sus fantasmas.

Ciudadanos, aquí están representadas cinco naciones; la Polonia, la Hungría, la Alemania, la Italia y la Francia, cinco naciones ilustres, que hoy han caído en el foso.

Los déspotas se estremecen de alegría, pero yerran alegrándose. No me cansaré de repetirlo; esas grandes naciones, aunque están mal heridas, no están muertas. Como los tiranos no tienen alma, ignoran que los pueblos sí que la tienen.

Cuando los tiranos han clavado sobre un pueblo la losa de la tumba, ¿qué es lo que consiguen? Creen haber encerrado una nación en el sepulcro, y solo han encerrado en él una idea. El sepulcro no es tumba para lo que no muere, y la idea es inmortal. Ciudadanos, la entidad pueblo no es de carne; considerado

en sí condensa el pensamiento. ¿Qué representa la Polonia? La independencia. ¿Qué representa la Alemania? La virtud. ¿Qué representa la Hungría? El heroísmo. ¿Qué representa la Italia? La gloria. ¿Qué representa la Francia? La libertad. Ciudadanos, el día en que mueran la libertad, la gloria, el heroísmo, la virtud y la independencia, solo ese día morirán Francia, Italia, Hungría, Alemania y Polonia. Ese día desaparecerá el alma del mundo, y el alma del mundo es Dios.

Ciudadanos, brindemos por la idea, que es inmortal; brindemos por la resurrección de los pueblos.